

¡NO EDUQUEMOS A LOS NIÑOS AL ODIIO!



¿Cómo contar la guerra a los niños? En los últimos decenios la literatura científica y la no ficción han tratado de responder a esta profunda

pregunta, poniendo en ella también una nueva prospectiva: cómo los niños cuentan la guerra, a los que la sufren y a quien la ve a través de la pantalla televisiva y de las nuevas tecnologías, rechazándola, “oscureciéndola” o recordándola con una flor, una vela o una oración.

La que estamos viviendo es una guerra mundial “fragmentada” pero global, que se confunde entre ficción y realidad, sin la percepción mínima de la verdadera guerra y violencia. De los resultados de algunos estudios emerge un cuadro dramático y es cierto que los niños transcurren frente a la tv (o navegan en Internet) unas 4/5 horas al día, la mayor parte de las cuales en soledad, sin el filtro educativo de los adultos, también ellos atraídos por la violencia y por los efectos de la guerra. Los noticias de guerra y los reportajes del frente, junto a la violencia en la ficción se han convertido en una constante que puede o podría incrementar la violencia y la agresividad en los espectadores, en particular en los menores (como afirman los estudios de Groebel, 1993, y Comstock, 1991).

Es evidente, y verificable de manera empírica, que los menores, después de haber visto o escuchado las news de guerra o la espectacularización de la misma, tienden a un comportamiento “militarizado”, haciendo adquirir armas de juguete para ser “soldado”. Una reacción y un comportamiento que tienden a justificar la agresión y la guerra justa. Pero ¿es siempre justa? Pensemos en las bombas lanzadas con el escrito: « ¡Las enviamos con amor!». Pero ¿el amor incluye la muerte, la destrucción? ¿Jesucristo no nos dice de “amar al enemigo” y de “perdonarlo”? ¿De no ofender a quien nos ha ofendido?

La guerra se puede contar partiendo desde el perdón y desde el diálogo, «que no es negociar» (Papa Francisco al Gobierno de Florencia, 10 noviembre 2015). Ciertamente, es difícil dialogar y perdonar, pero es el único camino para “lavar la sangre y, aunque fuera “escarlata”, hacerla “blanca como la nieve”. Esto puede ocurrir en varios modos de comunicación, si los

medios de comunicación, incluyendo los católicos, fueran capaces de no dejarse influenciar por el público y por el espectáculo del mal, que se presenta como un bien. En este sentido, vemos qué cosa ha producido la “guerra” de la inmigración, con los muertos y la exposición del niño “en la playa” también sobre cada cosa y para cada evento.

Las imágenes y los vídeos son poderosos, pero la palabra es más poderosa, es poderosísima cuando viene del alma y pone en movimiento todas las facultades del alma en sus lectores; pero cuando el interior está vacío y la palabra no se expresa a sí misma, sale insípida, aburrida (Francisco De Santis); agredaba, violenta y devastadora, cuando genera guerra tras guerra, odio tras odio, distancias y muros cada vez más altos. Imaginemos cuando la palabra debe contar hechos ya de por sí trágicos.

Después de los atentados de París (y no es la primera vez,) dado que la “Virgen del Carmen”, donde soy párroco, ha vivido con dolor la pérdida del brigadier Giuseppe Coletta en la matanza de Naseria, en el 2003), la catequesis y la celebración eucarística con niños y adolescentes han permitido profundizar sus miedos y angustias. La respuesta de los niños ha sido límpida, clara y dramáticamente inquietante: «No tenemos miedo a la guerra, tenemos miedo a las personas”.

La pesante comunicación cotidiana, a todas las horas – no respetando la fajas protegidas en tv –, parece injertar el desapego emotivo de los eventos trágicos, suscitando el miedo del otro y en el otro, ya sea cercano o lejano. A menudo la narración de la guerra, siendo más “telegénica” de la paz, reduce los cuerpos torturados en objetos para mostrar sin piedad.

Grande es la responsabilidad de los medios de comunicación católicos, que tienen el deber de contar a los niños que en sus manos deben tener lápices, colores, cuadernos y libros, ir a la escuela y a los museos. Deben contar que son y estamos llamados a ser a imagen y semejanza de Dios, que es amor. Debemos educar al amor y no a la guerra y a los conflictos, aunque a veces es inevitable. El terror genera la parálisis, y las imágenes y las narraciones de guerra sin caminos de esperanza provocan “imágenes estáticas y llenas de odio”.

Entonces ¿qué hacer? ¿Mostrar o esconder a los niños las imágenes de guerra? Preguntémoslos más bien sobre qué cosas contarles, no utilizando la vida de los niños, convirtiéndolos en un negocio de emoción.

Padre Fortunato Di Noto
Fundador y presidente de Meter onlus